

uno de esos lances que tan fácilmente vienen como se escapan. Costumbre ha sido de nuestros gabinetes no otorgar jamás á sus agentes principales una confianza absoluta, y aunque la expedición de una *carta blanca*, ó sea poderes omnímodos, no deja de ofrecer también sus inconvenientes, los produce casi iguales, el que llegado el caso de obrar con resolución, tengan las manos atadas, para hacer hoy lo que mañana no podrá hacerse. En estas circunstancias había de especial, que el ministro no descansaba cuanto debía en la lealtad del general Rincon, y que considerando espedito castigar ejemplarmente al general Santa-Anna, se cerraba la puerta á todo acomodamiento.

El jefe de la revolución procedió en esta vez con su acostumbrada habilidad, porque había notado que sus subordinados comenzaban á cansarse de una lucha prolongada; y conociendo además que la inacción causa en las tropas desaliento, discurrió entretenerlas con una esperanza, que vale mucho cuando se coloca entre los riesgos. La división comenzaba á asomar y con un aspecto alarmante. Los Sres. Arista y Mejía, comisionados para acercarse al cuartel general de Rincon, regresaron muy alucinados, y motivos hay para creer que si no sobrevino una catástrofe, gracias fué al carácter pundonoroso y honrado del capitán D. Benito Quijano, hoy general y senador de la república. D. José Antonio Mejía no se prestó á desistir de miras que cubrían algunas tinieblas, y se vino á la capital.

La revolución desde el mes de Septiembre, había encontrado adictos y prosélitos en varios rumbos, y se hallaron hasta entre las tropas que guarnecían á México. En la noche del 23 se escapó la mayor parte del 4.^o regimiento de caballería, y se marchó en dirección de los llanos de Apan. Pedraza destinó en su persecución al general D. Juan Pablo Anaya con varios piquetes, y logró sorprenderla en la hacienda de *TecoYuca*. En las guerras civiles, fatal síntoma es que las tropas de los gobiernos comiencen á desfilar.

En el día 26, Loreto Cataño, antiguo y nunca escarmentado partidario, se pronunció en el pueblo de Ameca, de la jurisdicción de Chalco, y su grito tuvo eco en otros puntos del Estado de México. El coronel D. Manuel Reyes Veramendi, fanático político, hombre de buena fé en sus empresas y de la más constante probidad, logró conmover los lugareños de Monte-Alto, al Poniente de la capital, mas caminó con tan mala suerte, que fué aprehendido en la hacienda de la Encarnación, y conducido á un calabozo de la inquisición por el teniente coronel D. Tomas Avila, mutilado doce años después en defensa de la causa á que entonces se oponía. Reyes Veramendi logró escapar de su prisión.

En los llanos de Apan, el coronel D. Pedro Espinosa, insurgente de los más viejos, recogió su gente, y recorría una grande extensión del país que siempre había frecuentado.

El coronel D. Manuel Ordiera apareció con una reunión armada en Cuautla

de Amilpas y Xonacatepec, y salió para dispersarlo el coronel D. Ignacio Inclan.

En la noche del 3 de Octubre, 100 dragones del 8.^o regimiento de caballería, aconsejados por tres de sus oficiales, habían dispuesto largarse; pero sabido su intento, fué rodeado de tropas fieles el cuartel llamado de los *Gallos*, y no les fué posible salir. De varias partes avisaban al ministro de la guerra que la insubordinación se manifestaba bruscamente en los cuerpos del ejército. Cuando una revolución se mantiene en pié, acaba el prestigio de los gobiernos y al fin los arruina, porque la seducción no para de minarlos.

Más todos estos motines y esfuerzos eran insignificantes, comparados con los grandes sucesos del Sur del Estado de México. Allí se había levantado el general D. Isidoro Montes de Oca y el coronel D. Juan Alvarez, memorable por la parte tan activa que le ha cabido tomar en muchos de los sacudimientos de la república. Estos dos caudillos, especialmente el segundo, han ejercido en un largo periodo de años, una especie de influencia patriarcal en una extensión de más de doscientas leguas, comprendiéndose en ella parte de los Estados de Oaxaca, México y Michoacán. Aquellas gentes, endurecidas por el rigor del clima, descendientes casi en su totalidad de la raza africana, acostumbradas en la insurrección á una obstinada guerra de posiciones, son casi invencibles si luchan unidas con gentes de su confianza, y contra soldados de tierras más templadas. El coronel Alvarez, en el día general de división y gobernador del Estado de Guerrero, creado bajo sus auspicios, se había distinguido en esta guerra de partidas como subalterno de Guerrero, y en verdad había heredado en prestigio al héroe de Xonacatlan. Alvarez se ha señalado en su carrera militar por varias sorpresas en campos enemigos, y en el Sur, por tales antecedentes, se le sigue como á un oráculo. En esta campaña se acreditó por la toma de Acapulco, y como avanzaban sus fuerzas hácia el interior, se puso en contacto con el movimiento de Oaxaca, con los que brotaban en el Estado de México, y con el de Michoacán, cuyo gobernador el Sr. D. José Trinidad Salgado abiertamente trabajaba por impulsar la revolución. Con apoyo semejante creció en proporciones, y servía de aliento á cuantos se sublevaron contra el gobierno, porque allí contaban con un asilo seguro en caso de que les fuera adversa la fortuna.

Los generales Múzquiz y Filisola publicaron sus proclamas, escitando al ejército á mantenerse fiel; mas fueron leídas con la poca atención que merecen estas piezas desde que se han vulgarizado en México, así como se vulgarizaron en Francia, hasta ganar el desprecio durante su revolución.

El Sr. D. José Ignacio Esteva dejó en 23 de Septiembre el gobierno del Distrito federal, en que reemplazó temporalmente al Sr. Tornel: el Sr. D. José Joaquín Herrera fué nombrado en su lugar. Esteva comprendía el laberinto de las circunstancias, y las suyas eran muy comprometidas.

En México se abusó como siempre, de la libertad de la prensa, sin perdonar ni aún á la respetable persona del Sr. general Victoria. D. Carlos María Bustamante, con su proverbial ligereza, atribuyó este desahogo de ruines pasiones al Sr. Tornel, amigo sincero del presidente, incapaz de mancharse con la nota de desagradecido.

La profunda agitación de los espíritus, el desacuerdo que comenzó á reinar entre el congreso y el gobierno, la lentitud de las operaciones en Oaxaca, la defección en las tropas, el progreso de las ideas revolucionarias, el desenfreno mismo de la imprenta, todo anunciaba que la crisis se aproximaba á un desenlace que ninguno tenía mas que el ministro de la guerra. Este se lisonjaba de vez en cuando con la indiferencia con que la revolución era acogida en la mayor parte de los Estados, no reflexionando que basta su situación pasiva para alentar á los evoltosos, los que sin esperar cooperación, se contentan con no hallar resistencia que se les oponga. Tan presto como se nota que los gobiernos no poseen medios enérgicos para terminar en breve los disturbios que amenazan su existencia, entra la duda, la desconfianza le sigue, viene despues el abandono. Cuando los revolucionarios en México logran no ser desbaratados en los primeros meses, naturalmente se animan con la esperanza de que salten otros movimientos, mientras se prepara el decisivo, que es el de la capital. Como en ella residen los poderes supremos, el golpe que recibe es tan mortal como el que se dá en la cabeza ó en el corazón. La adopción del sistema federal no ha despojado á la poderosa ciudad de México de la influencia decisiva de que hace mas de tres siglos disfruta. En las escenas revolucionarias de Francia, toda ella obedecía servilmente los decretos de París, y en nuestra república, México lo ha sido siempre todo. Nos acercamos á palpar la esactitud de tal aserto.

D. Lorenzo Zavala, despues de haber vagado algun tiempo en el Estado de México, á riesgo de ser aprehendido, se habia acercado á la capital, ocultándose en el cerro de la Estrella, en las inmediaciones de Ixtapalapan. Desde allí se relacionó con todos los agentes de la revolución, y cuando los conspiradores habian concertado ya sus planes, entró en México, auxiliado por D. Agustín Gallegos, por D. Mariano Zerecero y por D. Juan de Dios Lazcano, quien lo alojó en unas piezas del jardin de su casa, número 4 de la calle del Puente de Alvarado. Zavala se encargó de la direccion de todo, y obró con una actividad, con un valor y con un secreto, que burlaron cuantas medidas de policia tenía dictadas el ministro de la guerra, y de cuya ejecución él mismo cuidaba. En momentos tan críticos, cuando el menos avisado percibía que una trama se estaba urdiendo; cuando se trabajaba descaradamente en la seducción de las tropas, entonces se entregaba el gobierno á la mas indiscreta confianza, y parecía que el destino lo condenaba á no ver lo que todos veían, á ignorar lo que todos sabían.

Desde la mañana del 30 de Noviembre, se dieron al presidente reiterados avisos de que en ese mismo dia estallarí una asonada, y aún se le designaron los cuerpos comprometidos, los caudillos del motin, y cuantas circunstancias concurrían para no dudar de su aproximación. El Sr. Victoria puso estas desagradables noticias en conocimiento del Sr. Gomez Pedraza, quien procuró tranquilizarlo, asegurándole que tales especies se hacían correr maliciosamente por los interesados en causar alarmas, que él los observaba de cerca, y que si se atrevían, lo que él jamás creería, á acometer alguna empresa, el escarmiento vendría sin tardanza en pos del delito. En el resto del dia, y especialmente al acercarse la noche, algunos confidentes ratificaron al presidente los partes que habia recibido; mas el ministro de la guerra, víctima de una ceguera voluntaria, se afanaba constantemente en persuadir al Sr. Victoria que eran escusadas las providencias, cuando menos precautorias, que urgía porque se adoptaran.

Hallábase el presidente en su despacho con su secretario particular el coronel Tornel, á las seis de la tarde, y entró el Sr. Pedraza á congratularse con el Sr. Victoria por la falsedad de las denuncias que se le habian dado. Apenas se estaba entendiendo en relatar las indagaciones que le habian inspirado una seguridad tan completa como rara, cuando se escuchó un cañonazo, que era la señal convenida para comenzar la revolución. Vano designio sería buscar palabras con que pintar la sorpresa, la confusión y aturdimiento en que cayó instantáneamente el ministro de la guerra. Callaron todos por un breve rato, y el presidente rompió el silencio diciendo:—*¿No se lo habia dicho á V., señor ministro? ¿Cómo se ha engañado V. á sí mismo? Nos han sorprendido, y no hay que perder un instante: vaya V. á hacer que el comandante general reúna las tropas en palacio, que marchen sobre los sediciosos, que no les permita organizarse.*—El ministro, sin hablar una palabra, salió precipitadamente y se dirigió á su secretaría.

El palacio en semejantes conflictos, es el cuartel general de las tropas, el punto á donde todos vienen y del cual todos van: los unos porque los llaman, los otros porque observan, los mas para investigar lo que pasa y por mero objeto de curiosidad. Los cañones se enganchan, las municiones se aprestan aquí y allá: corren los ayudantes, los centinelas lanzan su grito de alarma, los tambores tocan generala, *los encapotados que de nada valen*, ofrecen al gobierno sus servicios. ¿Y el gobierno piensa en algo? En nada. ¿Y el gobierno algo proyecta de lo que pueda salvarlo en la situación? Nada. ¿Cómo no han de caer así los gobiernos!

Los cuerpos de la milicia local del Distrito, mandados por oficiales yorkinos, además de ser adicto á la persona del Sr. general Guerrero, abrigaban resentimiento por los insultos que recibieron de boca del senador Franco Coronel en el jurado que puso fuera de combate al gobernador Tornel, por la marcha á Puebla y por el regreso del primer batallón, del que era coronel el ex-marques

de Cadena, D. Manuel de este nombre, por haberse intentado disolverlos, ó al ménos desarmarlos. No bajaba su fuerza de dos mil y quinientos hombres, medianamente instruidos, perfectamente armados y dispuestos todos á la revolucion.

El cañonazo de alarma habia sonado en el edificio que fué Inquisicion, cuartel de la brigada de artillería local, que se hallaba accidentalmente á las órdenes de su capitan D. Lucas Balderas. A este pertenece de derecho el honor ó deshonra de haber iniciado la asonada que en cuatro dias anulò las combinaciones del Sr. Gomez Pedraza; combinaciones apoyadas en derechos legitimos; combinaciones que estimulaba el interes personal, el decoro empeñado, la seguridad del individuo. Por una anomalia, de las que abundan en nuestras revoluciones, el soldado que se arrojó el primero á la arena revolucionaria, el que peleó con distinguido valor, el que no cedió en constancia á otro alguno, ese mismo fué, andando los tiempos, el amigo de corazon del Sr. Pedraza, el tenaz discípulo de su politica, el sosten de sus proyectos, el hombre de su mayor confianza.

D. Lucas Balderas, de condicion humilde, sastre de profesion, abrigaba una alma de temple el mas elevado, republicana por conviccion, patriótica por entusiasmo. En el discurso de su vida, rodeado de honores, ó en el mostrador de su taller, dió intachables muestras de probidad, de esa probidad que seria su brillante aureola, si no hubiera merecido la corona de los mártires, muriendo en defensa de la independencía de su patria, en la heróica jornada del 8 de Septiembre de 1848. ¡Pocas glorias hay tan puras como la del coronel Balderas!

Oigamos al Sr. Pedraza acerca de un suceso en que fué el mas lamentable testigo:—"En aquel instante (*Manifiesto de Nueva-Orleans*) era preciso obrar con la velocidad del rayo. Tal vez si hubieran marchado 200 hombres al punto de la reunion de los sediciosos, la revolucion habria tomado otro sesgo; pero no se hizo así; la sorpresa ocupó los ánimos; de todas partes se pedian informes, y no se tomaba ninguna providencia. El palacio se llenó de toda clase de gentes; el gobierno, débil y sin prestigio, no era ya *ni un simulacro de poder*. Así fué que despues de dos horas no se habia dictado ninguna disposicion. Los sediciosos entretanto iban derechos á su fin, con tanta mayor facilidad cuanto que no se les oponia el menor obstáculo."

Si por la naturaleza de las cosas no fuera el Sr. Pedraza la última persona de quien pudieran concebirse sospechas de connivencia con los revolucionarios, fuertes, incontestables cargos le resultarian de no haber tomado *ninguna providencia*, de no haber dictado *ninguna disposicion*. El Sr. Victoria, tan vil, como injustamente acusado por el escritor Bustamante, y solo por él, de complicidad, le dejó entera libertad de accion, todos los recursos de su voluntad. Si esta vaciló, si le faltó la noble prenda del valor civil, culpa fué suya, ó mas que culpa, falta que no podia disimular la historia.

El gobernador Herrera con unos cuantos gendarmes, avanzó á las siete de la noche hasta la esquina de la calle de la Perpétua, y seguro es, que si su fuerza hubiera sido mayor y mas firme su resolucion, pudo haber ocupado el cuartel sublevado sin grande dificultad, aprovechando los momentos en que reina el desórden y la confusion. No se trató de esto, y se dejó tiempo mas que sobrado á los comprometidos para reunirse y sistemarse.

El coronel D. Ignacio Inclan mandó un destacamento de su batallon de Toluca á posesionarse de la Acordada, almacen de municiones y de toda clase de pertrechos, en el cual ademas se guardaba un número considerable de cañones. Esta operacion tan oportuna, que hubiera privado á los sediciosos de un material abundante de guerra, se redujo á nulidad por la traicion del coronel D. Santiago García. Duro es aplicar tan severo epíteto á la conducta que observó este gefe, y que á poco le costó la vida; mas él era gefe de dia y depositario de toda la confianza de la plaza: la tropa del batallon de Tres-Villas, acuartelada en la Escobillería, al Oriente de la ciudad, obedeció las órdenes que le comunicó bajo aquella investidura: se sirvió de ella para apoderarse de la Acordada, y la sedujo despues. Por ámplios que sean los límites que se señalen á la fidelidad del soldado que sirve á un gobierno, jamas podrá establecerse la disolvente doctrina de que le sea lícito abusar del puesto que se le encarga, ó del honor que se le dispensa. Triunfan las revoluciones, y léjos de ser castigados estos hombres desleales, reciben las recompensas que solo se deben al mérito y al valor; y canonizándose así la mas perversa inmoralidad, estos ejemplos encuentran imitadores, de que son las primeras víctimas, gobiernos ligeros é imprevisivos.

Por aquella noche quedó García reconocido gefe del motin. En cumplimiento de sus órdenes, Balderas se dirigió tranquilamente á la Acordada escoltando una pieza. El batallon de Tres-Villas atravesó las calles principales de la ciudad sin ser molestado; y en seguida el batallon primero y el segundo local, tambor batiente, en formacion de columna y bandera desplegada, marcharon al punto de la Acordada, convertido ya en cuartel general.

Balderas con su fuerza y alguna gente del pueblo que se le unió, tomó posesion del edificio impropriamente llamado ciudadela, y que fué construido para las oficinas de la fábrica de tabaco. El virey Calleja lo transformó en almacen general de municiones, lo circundó con una zanja y lo bautizó con el nombre de ciudadela, que le ha bastado para ganar la celebridad de varios pronunciamientos.

Cuantos en México vivian entonces, estaban convencidos de que un esfuerzo cualquiera por parte del gobierno, un batallon de los que permanecian fieles, era suficiente para haber desconcertado á una revolucion improvisada y sin un caudillo de importancia. El gobierno, sorprendido y lleno de estupor, redujo sus providencias en la noche, á amontonar tropas en palacio y á cubrir sus

puertas con cañones, como si aguardara la venida del día, para contar á la luz del sol el número de sus amigos, y descubrir en las fisonomías cuantos le eran contrarios, cuantos se hallaban perplejos en las circunstancias.

En junta de ministros, de varios militares, de diputados y de senadores, se acordó, despues de alguna vacilacion, comisionar al general D. Ramon Lopez Rayon, y al gobernador suspenso D. José María Tornel y Mendivil, para que hablaran á los pronunciados, los disuadieran de su propósito, les ofrecieran á nombre del gobierno recomendar al congreso mayor latitud en la ley de espulsion de españoles europeos: se notó que en las instrucciones ninguna mencion se hiciera de la presidencia del Sr. Pedraza, verdadero objeto del movimiento, porque la espulsion no era mas que un estímulo para agitar al populacho.

Rayon y Tornel desempeñaron su embajada con la buena fé que era de esperarse; mas sin suceso alguno entre gentes que habian penetrado la debilidad del gobierno, que juzgaban verla comprobada con las proposiciones de avenimiento. A las cuatro de la mañana regresaron los enviados á palacio, tristemente convencidos de que la fuerza de las armas, seguida de mil desastres, decidiría la contienda.

Muy temprano, en la mañana del día 1.º, se fijó en todos los lugares públicos una proclama del presidente, en que descubria los planes de los amotinados, en que rebatía como un pretexto la medida de espulsion de españoles, en que escitaba á todos los hombres bien intencionados á unirse al estandarte del gobierno, protestando obrar con la mas cumplida decision y energía. Como se dejaron transcurrir las horas de la noche anterior, así transcurrieron las del día, sin otra empresa militar que la de ocupar los edificios altos de la parte mas central de la ciudad, y algunas torres en las avenidas de la Acordada y de la Ciudadela. En palacio entraban y salian personas de todas clases y opiniones, para introducir una confusion que era solamente igual á la que se advertía en la Acordada. El Sr. Gomez Pedraza, aunque aparentaba una estóica firmeza, era indudablemente víctima de secretos presentimientos, que detenian el impulso de su alma vigorosa: desvirtuado, por decirlo así, para obrar en una causa que tenia las apariencias de personal, abandonaba su suerte á esfuerzos ajenos, siempre pequeños, porque se ajustan á la escala de la fortuna. En ninguna situacion de su vida, sembrada de peligrosos incidentes, demostró el Sr. Pedraza mayor pusilanimidad é incertidumbre que en esta, la mas importante y solemne de todas.

El ministerio, estimando que hacía algo de provecho, convocó á sesion al congreso, esperanzado de que alguna medida legislativa, de esas que se resienten siempre de festinacion, le sacara el lazo de la garganta. Pidióle facultades extraordinarias, manía constante de gobiernos apurados que no han acertado à emplear útilmente las comunes, y comprendidas en el orden constitucional. El congreso se negó por temor de algun abuso, y dió al ministerio, por única y

fria respuesta, la de que *obrará conforme á la constitucion y á las leyes*. Resolver así y no resolver nada, equivalía á lo mismo, porque el gobierno demandando algo mas al congreso, confesaba paladinamente su impotencia para salvarse por medios regulares. No es prudente ni beneficioso, ocurrir á las cámaras en semejantes conflictos, atendiendo á los momentos harto preciosos que se consumen en inútiles debates, y á que no son nuevas leyes, sino la accion mas pronta, y la mas enérgica, la que puede conjurar en los riesgos una deshecha tormenta.

Los coroneles D. José Ignacio Basadre y D. José María Tornel, amigos sinceros del Sr. general Guerrero, y mas previsivos que la turba inconsiderada que se afanaba por lanzarlo á la revolucion, á fin de darle mayor prestigio, le aconsejaron que se abstuviera de participar en ella, por su decoro, por sus intereses bien entendidos y para no crear una nulidad que formaría un obstáculo, llegada la ocasion de que la cámara de diputados decidiera acerca de la validez de las elecciones. De la solidez de estos motivos se penetró el Sr. Guerrero, y partió al molino de Santa Fé, para evitar todo compromiso, alejándose de la ciudad, que era el teatro de la guerra. Mas allí le arguyeron otros que dirigiendo personalmente el Sr. Pedraza la resistencia que el gobierno oponia á los pronunciados, no le era posible abandonarlos en el peligro, sin merecer la tacha de ingrato. Desgraciadamente estas especies lo sedujeron, para que jugaran despues en el ilegal proceso que lo condujo al patíbulo de Cuilapan. ¿Por qué será la costumbre de muchos de nuestros hombres públicos no ecsaminar mas objetos que los cercanos y no tender la vista hácia el porvenir?

D. Lorenzo Zavala salió de su escondite, y no menos por su talento que por su arrojo, alentó á los revolucionarios de la Acordada, quienes lo acogieron con multiplicados vivas. La revolucion contó ya con una cabeza, con un hombre que habia rifado el cuello de antemano, esperto en el manejo de motines y respetable por su autoridad de gobernador del Estado de México. El gobierno adelantó tambien sus esperanzas con la llegada del general D. Vicente Filisola, quien habia salido á proteger una conducta de platas y nombrado comandante general, vino á sucumbir, como otras veces, á su fatal destino de *perderlo todo*.

El general D. José María Lobato, despues de ofrecer sus servicios al gobierno, que no los aceptó, tomó partido en la revolucion, presentándose en la Acordada. Lobato habia llegado al empleo de general de brigada desde la clase de cabo del batallon de Tres-Villas, en la cual fué hecho prisionero en el año de 1811, en la accion que ganó al teniente coronel D. Juan Bautista de la Torre, el célebre partidario D. Benedicto Lopez, en las inmediaciones de Zitácuaro. Habiendo abrazado la causa de la independecia le prestó importantes servicios, distinguiéndose entre todas sus cualidades, por un valor que rayaba en temeridad y que acreditó hasta el grado mas heróico en la accion de la hacienda de Chaparaco, cerca de Zamora. Despues del año de 1821, lo mas notable en

su carrera, fué el haberse adherido al pronunciamiento de Casamata, con la fuerza que mandaba, y haber capitaneado el del convento de Belemitas, pidiendo la espulsion de españoles, en Enero de 1824. Lobato, de baja estraccion y sin educacion alguna, llegó á adquirir no vulgares conocimientos en la milicia, merced á su natural talento y á la mejor de las escuelas, que es el campo de batalla. Por su graduacion quedó al frente de la revuelta, no muy á contento de D. Santiago García; y si Zavala no los concilia, hubieran crecido sus diferencias. Lobato pasó á dirigir las operaciones en la Ciudadela, quedando García en la Acordada. Zavala ejercía cierta especie de dictadura en medio del desórden, porque una razon superior se hace lugar en todas partes.

Lobato intimó rendicion al gobierno, y le señaló veinte y cuatro horas para que acordara la espulsion de españoles, sin hablar nada de la presidencia. Al cabo de dos horas rechazó Filisola en términos duros la audaz tentativa. El ex-marques de la Cadena, que vió acercarse la pelea, abandonó á su batallon, é impetró la indulgencia del gobierno.

En el resto del dia, los sublevados se apoderaron de varios conventos para sostener su línea al Sur y al Poniente de la ciudad, prendieron á algunos españoles escigiéndoles por rescate grandes sumas y emplearon á gente del pueblo bajo, que aparecía en grupos amenazantes.

El comandante general avanzó igualmente las fuerzas del gobierno, lo que no dejó duda de que en breve se desarrollarian todos los horrores de la guerra civil, en daño de los habitantes de una de las ciudades mas hermosas del mundo.

A las ocho de la mañana del 2 reunió el presidente una junta de generales, la que por unanimidad de votos acordó la resistencia, sin formular plan alguno. Se colocaron en seguida baterías en direccion de la Acordada y de la Ciudadela, y se formó una reserva en palacio, á las órdenes del coronel Inclan, para sostener los puestos avanzados en circunstancias de apuro, y para rechazar al enemigo si emprendía algun ataque serio. Los pronunciados levantaron sus reductos, montaron sus piezas y se alistaron briosamente para el combate.

Reinaba en la capital un silencio profundo, semejante al que acompaña á la calma, mensajera de las tempestades del mar. Los vecinos, sobrecogidos de espanto, cerraban las puertas de sus casas, se proveían apresuradamente de víveres como en casos de sitio, recogian á sus familias, y todas ellas se aislaban, entregadas á los mas funestos presagios. *Sic facies Trojæ cum caperetur erat.* ¡Cuán penoso es relatar estas escenas, harto repetidas, por desgracia, en el transcurso de nuestra vida política!

Los facciosos, engrosados con la tropa de la caballería del 8.º regimiento que condujo el teniente coronel D. Silvestre Camacho, y con algunas partidas de la milicia cívica del Estado de México, se contemplaron sobradamente fuertes y resolvieron romper sus fuegos sobre palacio. El primer tiro de cañon se

lanzó de la Acordada poco despues de medio dia: la bala mató de rebote á D. Josè Rivera, español de nacimiento, que habia sido teniente de artillería en el ejército: en la muerte de este individuo parece que hubo algo de providencial.

Rivera desertó de Veracruz á mediados de Julio de 1821, de un buque de la marina española, y se presentó en Córdoba al Sr. Santa-Anna, quien por la escasez de oficiales de artillería que habia en su division, lo nombró subteniente de esta arma, y lo llevó consigo al sitio de Perote. Trasladado poco despues á Jalapa, lo llevó para que reclutara gente para su compañía, y en esta ciudad cometió uno de los crímenes mas horrosos, haciendo caer una mancha en la gloriosa historia de nuestra independencia: *este fué el de asesinar cobardemente al coronel español D. Manuel de la Concha*, quien escudado con las estipulaciones de la capitulacion de México, y con las especiales garantías y aun recomendaciones que le dió el Sr. Iturbide, se dirigía á embarcarse, sin otra compañía que la de su yerno D. Francisco Ranero, y de un criado. Aunque la sumaria de este hecho atroz se encomendó al inteligente y honrado fiscal D. Nemesio Iberri, se adelantó en ella muy poco y quedó envuelta en el misterio, sea por la odiosidad que reportaba Concha por su cruel conducta en la insurreccion, sea porque la corriente de los sucesos arrebatará esas mal guardadas hojas. El general Teran, siendo ministro de la guerra en el año de 1823, mandó espedir licencia absoluta á Rivera por fundadas sospechas que tuvo de su delito y no hizo revivir la sumaria por haber desaparecido. Rivera, quien desde entónces vivió en vagancia, se presentó al general Lobato, y desechada su oferta por su origen español, pretendió, con el mismo resultado, que lo empleara el ministro de la guerra. Triste, pensativo, confuso, se hallaba en las cercanías de la puerta principal de palacio, cuando recibió el golpe mortal, en demostracion quizá, de que *en el orden comun de la Providencia*, como decia el obispo de Puebla Campillo, *lo que en esta vida se hace, en esta vida se paga.* Compadézcase su suerte, y espérese que Dios haya tenido piedad de su alma.

Los presos políticos, encerrados en la Inquisicion, desearon aprovecharse de esta confusion para escapar, y recibidos por la guardia á balazos, hubo varios muertos y heridos. El presidente se afectó mucho por esta desgracia imprevista.

El fuego continuó muy vivo por ambas partes hasta las dos de la tarde, y de las cuatro á las seis se empeñó de nuevo, causando algunas muertes y deterioro en los edificios: una bala penetró en la cámara de representantes y otra en el despacho del ministro de la guerra, quien afortunadamente no estaba allí. La poblacion, especialmente la central, padeció infinito, porque los riesgos á que se hallaba espuesta, impedían la comunicacion y dificultaban adquirirse hasta los artículos mas necesarios para la vida.

Al amanecer del dia se renovaron los fuegos con mayores estragos que en el anterior. Los pronunciados, formados en columna, avanzaron hasta la esquina

del puente de San Francisco. El coronel Inclan les salió al encuentro, y poseionado de la Alameda, los rechazó hasta la Acordada, entrando en completo desórden. Si no mandan retirar á este valiente gefe, pudo haber consumado su triunfo y acabado la revolucion. El gobierno perdió al coronel D. Gaspar Lopez, oficial de crédito, y los sublevados al coronel D. Santiago García.

Los que por el Sur habian llegado hasta el Colegio de Niñas, no fueron mas felices, porque allí perdieron un cañon que les tomó por un golpe de mano el teniente coronel D. Vicente Gonzalez, compañero de Asensio Alquisira y de Pedro el Negro, en las correrías que tanto molestaron al gobierno español por el rumbo de Ajusco. La revolucion, sin embargo, adelantaba, por los muchos que se le adherian, y porque en las tropas leales asomaba algun desaliento, debido en parte á la irresolucion del gobierno y á que no se mostrara resuelto á emprender algun ataque que pudiera ser decisivo.

El Lic. D. Carlos María Bustamante, obedeciendo á su enconada rivalidad contra el Sr. general Victoria, tuvo la audacia de estampar en su *Voz de la Patria* el párrafo siguiente:—“A las once de la noche acaba de salir disfrazado el presidente; se ha dirigido á la iglesia de Tepito (un arrabal de esta ciudad), donde ha concurrido con Lobato, aunque no se sabe lo que ambos han tratado.”—Tal aserto es del todo falso: el Sr. Victoria no salió de palacio en los dias de la refriega, y muchas personas viven que estuvieron constantemente á su lado y que desmienten la ridícula conseja de Bustamante. Equivocado ha andado este escritor al juzgar que la historia es un albañal en que puede, quien le plazca, arrojar las miserias de sus pasiones asquerosas.

El Sr. Gomez Pedraza, previendo sin duda el desenlace de la revolucion, se decidió á la fuga, sin confiar su aventurado designio á otras personas, que al Sr. Victoria y á su cuñado D. Felipe de Jesus Azcárate. El primero se afanó por disuadirlo, representándole el desaliento en que caerian los sostenedores del gobierno tan luego como averiguaran que desertaba de la defensa de su propia causa: que sus temores serian hasta cierto punto fundados, pues que natural era suponer en él ciencia cierta del estado real de las cosas, y que su resolucion venia de la pérdida de toda esperanza de salvacion: que sus partidarios y amigos serian los primeros en abandonar todo esfuerzo: que, en fin, el quedaba solo, sin apoyo en el gabinete; sin poder contar con quien lo reemplazara en el ramo de guerra, el único en accion, el mas necesario, el que en circunstancias tan graves no podia confiarse á un cualquiera. El ministro, sin considerar estas fuertes razones, se limitó á escusarse, alegando que ensangrentada ya la silla presidencial, no le permitía su conciencia luchar por ella, que habia acordado dejar á su patria para que las facciones cesaran de desgarrarla, tomándolo por pretesto. Se abrazaron, y se separaron satisfechos el uno del otro. Esta relacion es genuina; es la repeticion de la que hacia el Sr. Pedraza en el seno de sus amigos.

Pudieron ser nobles y aun patrióticos sus motivos; mas calificándolos por el resultado, trabajo cuesta no atribuir á cobardía, ó á despecho, un partido que siendo extremo, debia precipitar, como de facto precipitó, el triunfo de la revolucion. Los ambiciosos, sean los que fueren, y sin negar por esto que haya ambiciones generosas y laudables, merecen ser tratados con severidad, cuando no corresponden á las ilusiones que crearon sus designios. El Sr. Gomez Pedraza, quien nos cuenta en su *Manifiesto* las tristes reflexiones á que se entregó su alma bajo un árbol, cual otro Mário sentado sobre las ruinas de Minturino, no olvidaria que él mismo habia empeñado el lance, que procuró anteponer á otras su candidatura, que la sostuvo con teson, que comprometió á muchos, que se esperaba todo de su firmeza y de su valor. Este desengaño funesto para él y sus adictos, produjo el amargo convencimiento de que no siempre se mide el tamaño del corazon por la audacia del pensamiento.

Mal aconsejado el general Guerrero, habia contribuido con su presencia á la toma del cerro de Chapultepec, y vino en seguida á la Acordada, donde fué aclamado con indecible entusiasmo. Sea porque el Sr. Pedraza juzgara que este incidente daba mayor importancia al movimiento, ó que asumiendo el aspecto de una contienda personal, escandalosa é implacable, consultara á su delicadeza mas que á su seguridad, no es remoto que haya influido la ocurrencia en su inesperada resolucion.

Muy de mañana en el dia 4, se divulgó en palacio, y en seguida por toda la ciudad, la ocultacion ó fuga del ministro de la guerra, y como era natural prometérselo, el desaliento, la confusion y el desórden se manifestaron inequívocamente en las tropas del gobierno, á la vez que los sublevados celebraron con gritos de alegría un suceso que les anunciaba la mayor probabilidad de su victoria. El presidente y el general Filisola dispusieron que se rompieran de nuevo los fuegos, á fin de desvanecer impresion tan desventajosa, y fueron correspondidos con vigor, multiplicándose las víctimas y desastres.

Innumerable gente del pueblo acompañaba á los pronunciados y los estimulaba á marchar sobre los puntos que defendian esforzadamente las tropas del gobierno. Resolviéronse á tomar la iniciativa, y aunque fueron recibidos con serenidad, sin saberse como, ni por qué, el hospital de Terceros, el colegio de Minería y otros edificios fueron de repente abandonados. Muy regular fué la defensa del convento grande de San Francisco y heróica la resistencia que opuso la guarnicion del convento de San Agustín, mandada por el Sr. coronel D. Cirilo Gomez Anaya: tomado á viva fuerza por el intrépido capitán Balderas, se condujo en el trato de los prisioneros con una humanidad de sentimientos, que realzará perpétuamente su carácter.

Descubierta la Profesa, retirada la guardia de la casa de la Diputacion, el gobierno no conservaba mas que trescientos ó cuatrocientos soldados, reparados en palacio y en la Universidad, pues habia desaparecido hasta la avanzada